

vencionales, y no se le ocurre exponer una poética fuera de sazón. Toma desde luego el tono de las circunstancias; comprende desde el primer momento lo que hay que decir ó hacer, en qué medida y con qué matices, qué sesgo preciso conciliará la verdad y la moda, hasta dónde es menester resistir ó transigir, qué delicado límite separa las conveniencias y la adulación, la veracidad y la imprudencia. Por esa línea angosta camina sin embarazo ni deslices, sin dejarse desorientar nunca por los accidentes ó los cambios del contorno, sin permitir que abandone nunca sus labios la fina sonrisa de la cortesía, sin desperdiciar una coyuntura de acoger con las expansiones del buen humor las inocentadas de su vecino. Esa destreza tan francesa es la que concilia en él la honradez profunda y la educación mundana; sin ella, se inclinaría completamente al uno ó al otro lado. Por ella encuentra la comedia su héroe entre los libertinos y los predicadores.

Tal teatro pinta una raza y un siglo. Esa mezcla de solidez y de elegancia pertenece al siglo XVII, y nos pertenece á nosotros. El mundo no nos deprava; nos desenvuelve. No eran sólo las formas y el exterior lo que pulía entonces el trato social, sino también los sentimientos y las ideas. La conversación provocaba el pensamiento; no era una charlatanería, sino un examen; con el cambio de noticias, suscitaba el comercio de las reflexiones. En ella entraba la teología y también la filosofía; la moral y la observación del corazón constituían su alimento cotidiano. La ciencia conservaba allí su savia, y no perdía más que sus espinas. La amenidad encubría la razón sin ahogarla. En ninguna parte pensamos mejor que en sociedad: el juego de las fisonomías nos excita; nuestras ideas

tan prontas brotan como relámpagos al choque con las ajenas. La marcha inconstante de los coloquios se acomoda á nuestros repentes; el frecuente cambio de asuntos renueva nuestra invención; la finura de las frases reduce las verdades á moneda menuda y preciosa, apropiada á la ligereza de nuestra mano. Y no padece más el corazón que la inteligencia. El francés es de temperamento sobrio, poco propenso á brutalidades de borracho, á la jovialidad violenta, á la algazara de la orgía; por otra parte, es dulce, obsequioso, está siempre dispuesto á dar gusto; para hallarse en su centro, necesita esa corriente de benevolencia y elegancia que la sociedad forma y alimenta. Y sobre esto erige en máximas sus inclinaciones templadas y amables; es para él un punto de honor ser atento y delicado. He ahí el hombre cumplido, obra de la sociedad en una raza sociable. No sucedía lo mismo en Inglaterra. Las ideas no nacen allí al calor de la conversación improvisada, sino en la concentración de solitarias meditaciones; por eso faltaban entonces las ideas. La delicadeza no es allí el fruto de los instintos sociales, sino producto de la reflexión personal; por eso faltaba entonces la delicadeza. Persistía el fondo brutal; sólo estaba pulida la corteza. Los modales eran dulces; los sentimientos, duros. El lenguaje era estudiado; las ideas, frívolas. Se encontraba allí la delicadeza de las formas, no la del corazón; aquellos hombres no tenían de la sociedad más que el artificio y las conveniencias, la ligereza y el atolondramiento.

VII

Los poetas cómicos ingleses pintan esos vicios y los

tienen. De ello se resienten su talento y su teatro. Ese teatro adolece de falta de arte y también de falta de filosofía. Los escritores no marchan hacia una idea general, ni marchan por el camino más recto. Componen mal, y aglomeran un cúmulo embarazoso de materiales. Sus obras ofrecen por lo común dos acciones visiblemente distintas (1), que se han enlazado por amontonar lances, y porque el público necesita una buena dosis de personajes y de hechos. Es menester un aluvión de sucesos tumultuosos para excitar sus obtusos sentidos; hacen lo que los romanos, que fundían varias obras áticas en una sola. Los aburre la sencillez de la acción francesa, porque no tienen la finura del gusto francés. Sus dos series de acciones se confunden y chocan. No se sabe á dónde se va; á cada instante se ve uno desviado de su camino. Las escenas están mal enlazadas; cambian veinte veces de lugar. Cuando una empieza á desenvolverse, la interrumpe un diluvio de peripecias. Conversaciones superfluas entrecortan los sucesos, y el todo nos sugiere la imagen de un libro, con cuyo texto apareciesen confusamente revueltas las notas. No hay plan verdaderamente calculado y rigurosamente seguido. Tampoco se guarda bien la verosimilitud; hay disfraces mal pergeñados, locuras mal simuladas, ataques de bandidos dignos de la ópera cómica. Es que, para alcanzar el encadenamiento y la verosimilitud, hay que partir de alguna idea general. Una concepción de la avaricia, de la hipocresía, de la educación de las mujeres, de la desigualdad en los matrimonios, ordena y

(1) Dryden se alaba de ello. Siempre hay en sus producciones una comedia completa amalgamada con una tragedia completa.

liga por su propia virtud los hechos que pueden manifestarla. Aquí falta esa concepción. Congrève, Farquhar y Vanbrugh son hombres de ingenio, no pensadores. Rozan la superficie de las cosas, sin penetrar en ellas. Juegan con los personajes. Miran al éxito, á divertir. Bosquejan caricaturas, hilvanan con presteza la conversación fútil y movida, enzarzan las réplicas, disparan las paradojas; sus dedos ágiles manejan y escamotean los sucesos de cien maneras ingeniosas é imprevistas. Hay allí movimiento, animación, viveza chispeante. Pero todo ese placer no pasa de la epidermis; no se ha visto nada del fondo eterno y de la verdadera naturaleza del hombre; no se saca ningún pensamiento; se ha pasado una hora pura y simplemente; la diversión le deja á uno vacío, y no sirve más que para llenar veladas de coquetas y pisaverdes.

Añádase que ese placer no es franco; no se asemeja á la risa espontánea de Molière. En lo cómico inglés hay siempre un fondo de acritud. Ya se ha visto en Wycherley; los otros, aunque menos crueles, gastan chanzas acerbadas. Sus personajes se maltratan de palabra en son de broma: se entretienen en herirse. Su diálogo propende, naturalmente, á la sátira enconada; en vez de ocultar el vicio, le pone de resalto; en vez de hacerle risible, le hace odioso.

—¿En qué habéis pasado la noche?—pregunta una dama á su amiga.

—En buscar todos los medios de hacer rabiar á mi marido.

—¡Qué mucho que parezcáis tan fresca esta mañana después de toda una noche de ideas tan agradables! (1).

(1) Vanbrugh: *Confederacy*, II, I.

Esas mujeres son malas de veras y demasiado abiertamente. Aquí el vicio es siempre crudo, llega á sus últimos extremos y se presenta con sus aditamentos físicos.

—Cuando supe que mi padre había recibido un balazo en la cabeza—dice un heredero—mi corazón botó de alegría hasta la garganta (1).

—Consultad á las viudas de la ciudad—dice una joven que no quiere volver á casarse;—os dirán que no hay que tomar por largo plazo una casa que se puede alquilar por tres meses (2).

Los *gentlemen* se agarran á brazo partido en escena, acosan á las mujeres á los ojos del público, y consumen el adulterio á dos pasos, entre bastidores. Los papeles innobles ó feroces abundan. Hay furias como *mistress Loveit* y *lady Touchwood*. Hay cerdos como el capellán *Bull* y el medianero *Coupler*. *Lady Touchwood* quiere dar de puñaladas á su amante en escena (3); *Coupler*, también es escena, tiene ademanes que recuerdan la corte de nuestro Enrique III. Los malvados como *Fainall* y *Maskwell* lo son de cuerpo entero, sin que el ridículo venga á disimular su odiosidad. Las mujeres, aun honradas, como *Silvia* y *mistress Sullen*, llegan hasta las situaciones más espinosas. Nada ofende á ese público; no tiene más que el barniz de la educación.

Existe una correspondencia obligada entre el espíritu de un escritor, el mundo que le rodea y los personajes que produce; porque de ese mundo toma la materia de que los hace. Los sentimientos que con-

(1) Vanbrugh: *Relapse*, acto II, final.

(2) Idem *id.*

(3) Congrève: *Double Dealer*.

templa en los demás y que experimenta en sí mismo, se organizan en caracteres. No puede inventar sino según su complejión nativa y la experiencia acumulada, y sus personajes no hacen más que manifestar lo que él es ó compendiar lo que ha visto. Dos notas dominan en esa sociedad; dominan también en ese teatro. Todos los personajes bien dibujados se refieren á dos grupos: los seres naturales por una parte; los seres artificiales por otra. Los unos con la grosería y el impudor de las inclinaciones primitivas; los otros con la frivolidad y los vicios de los hábitos mundanos. Los unos incultos, sin que su sencillez revele otra cosa que su nativa bajeza; los otros cultos, sin que su refinamiento les imprima otra cosa que una nueva corrupción. Y el talento de los escritores es á propósito para la pintura de esos dos grupos: tienen la gran facultad inglesa, que es el conocimiento del detalle preciso y de los sentimientos reales; ven los ademanes y los gestos, ven los trajes y las circunstancias ambientes, oyen los sonidos de una voz; han heredado, poco, de lejos y á pesar suyo, pero, en fin, han heredado algo de Shakespeare; manejan francamente, y sin suavizarle, el rojo encendido, el único color que puede dar idea de la cara de sus brutos. Por otra parte, tienen facundia y poseen el buen estilo; pueden expresar la charla atolondrada, las afectaciones retozonas, la inagotable y caprichosa vena de las fatuidades de salón; tienen tanto ardimiento como los más locos, y á la par hablan tan bien como los más peritos; pueden dar el modelo de las conversaciones ingeniosas; poseen la ligereza de tacto, la brillantez y también la facilidad y corrección, sin las cuales no se hace el retrato de la gente de tono. Encuentran, naturalmente, en su paleta los colores fuertes que convienen á sus

bárbaros y las lindas iluminaciones que convienen á sus elegantes.

VIII

Tenemos, ante todo, el perfecto animal, el *squire* Sullen (1), ó sir John Brute (2), innoble borracho, «que por la noche va dando tumbos por el cuarto de su mujer como un pasajero mareado, se zabelle brutalmente en la cama, con los pies fríos como el hielo, el aliento caliente como un horno, con las manos y la cara tan grasientas como su gorro de franela; tira de la ropa con los hombros, desarregla toda la cama y ronca. Le preguntan por qué se ha casado. «Me he casado porque tenía ganas de acostarme con ella, y ella no me dejaba.» Convierte su salón en una cuadra, fuma hasta apestarle para ahuyentar á las mujeres, las tira la pipa á la cabeza y suelta votos y juramentos. Las palabrotas y las maldiciones corren por su conversación como las inmundicias por un arroyo. Se emborracha en la taberna y ruge: «¡Al diablo la moral! ¡Al diablo la guardia!» Grita que es inglés, hombre libre; quiere salir y romperlo todo. «¡No me mareéis más con mi mujer y con vuestra dueña y señora! Yo las mando á las dos á todos los diablos con todo mi corazón, y lo mismo á cuantas llevan faldas, excepto á cuatro hembras de rumbo que se emborrachan con lord Rake y conmigo cinco veces por semana.» Sale del figón en compañía de foragidos, y va por las

(1) Farquhar: *The beaux Stratagem*.

(2) Vanbrugh: *Provoked Wife*.

calles persiguiendo á las mujeres. Quita á un sastre una sotana que llevaba y se la pone; aporrea á la guardia. Le echan el guante y le llevan ante el comisario; va despotricando por el camino, y en medio de sus hipos y machaconerías de beodo, acaba por proponer al comisario irse los dos juntos á pescar en cualquier parte una botella y una buena moza. Vuelve al fin «cubierto de sangre y de lodo», gruñendo como un mastín, encendido, con los ojos hinchados, llamando á su sobrina porcallona y á su mujer embustera. Se dirige á ella, la besa á la fuerza, y al ver que se aparta, dice: «Veo que os da asco. Pues, por lo mismo, besadme otra vez.» Tras esto la estruja y la arruga: «Bien. Ahora que estáis tan sucia y baboseada como yo, podemos hacer una buena pareja de cochinos.» Quiere coger la tetera en un armario, hunde la puerta de un puntapié, y descubre al cortejo de su mujer juntamente con el de su sobrina. Echa sapos y culebras, vocífera con su lengua estropajosa una sarta de imbecilidades, y después cae dormido de repente. Llega su ayuda de cámara, y se echa á cuestras aquel tronco inerte. Es el retrato del puro animal, y me parece que no es seductor.

He ahí el marido. Veamos el padre, sir Tunbelly, un hidalgo de aldea, elegante si los hubo. Tom Fashion llama á la puerta de la mansión señorial, que tiene las trazas de un gallinero, y donde se le recibe como en una plaza de guerra. Aparece en la ventana un sirviente, arcabuz en mano; después de no pequeños esfuerzos, el hombre consiente en avisar á su señor.

—Anda, Rodolfo; pero oye; llama á la nodriza para que encierre á miss Hoyden antes de que se abra la puerta.

Como se ve, en esta casa se toman precauciones con las doncellas. Sir Tunbelly sale con su gente, armada de horcas, de dalles y de estacas; trae cara de pocos amigos, y quiere saber el nombre del visitante:

—Porque, mientras no sepa vuestro nombre, no os invitaré á entrar en mi casa; y, cuando le sepa, hay que apostar seis contra cuatro á que no os invito tampoco.

Parece un perro de presa que gruñe y mira las pantorrillas de un intruso. Pero no tarda en oír que ese intruso es su futuro yerno; entonces cambia de tono, se disculpa, y manda á los criados que vayan á colocar en sus sitios las sillas de tapicería, que saquen del armario los grandes candeleros de bronce, que «suelten» á miss Hoyden, y que la nodriza la haga ponerse una gorguera limpia, «si hoy no ha sido día de muda». El falso yerno quiere casarse con miss Hoyden inmediatamente:

—¡Oh!, no; no ha llegado aún el traje de boda.

—Sí, en seguida; así se ahorra dinero.

—¡Dinero! ¡Ahorrar dinero, cuando se trata de la boda de Hoyden! ¡Santo Dios! He de dar una comida de boda, aunque para ello tuviese que ir á pacer hierba como el rey de Asiria; y una comida famosa, que no se podrá guisar en lo que se estrella un huevo. ¡Ah, pobre hija! ¡Cómo se asustará la noche de la boda! Porque aquí, entre nosotros, ella no distinguiría un hombre de una mujer, á no ser por la barba y los calzones.

Se frota las manos, haciéndose el picarillo. Después se alumbra, abraza á las señoras, canta y trata de bailar.

—Aquí está mi hija. Cogedla, tocadla; yo la garantizo; criará como una coneja casera.

En esto llega Foppington, el verdadero yerno. Sir Tunbelly, tomándole por un impostor, le llama perro; hace que le metan en la pocilga, atado de pies y de manos; le enseña los puños, quisiera saltarle los dientes. Más adelante, descubierto el impostor, dice al punto:

—Milord, ¿le degolláis ó le degüello?

Se pone hecho una furia y quiere darle de puñadas: Tal es el hidalgo de aldea, señor y labriego, púgil y bebedor, vocinglero y bestia. De todas esas escenas sale tufo de pienso, ruido de patadas y olor de estiércol.

A tal padre, tal hija. ¡Qué ingenuidad la de miss Hoyden! Refunfuña á solas, «por verse encerrada como la cerveza en la bodega»:

—¡Gracias á que me ha salido un marido! ¡Si no, juro que me casaría con el panadero! ¡Vaya si lo haría!

Cuando el ama anuncia la llegada del futuro, salta de gozo y abraza á la vieja.

—¡Dios mío! Voy á ponerme una camisa de encaje, aunque me cueste una zurra que me desuelle.

Tom en persona va á preguntarla si quiere ser su mujer.

—Caballero, yo no desobedezco nunca á mi padre, excepto en lo que toca á comer uva espina.

—Pero vuestro padre quiere esperar una semana.

—¡Una semana! ¡Para entonces seré una vieja.

Yo no puedo traducir todas sus contestaciones. Al instante se casa con Tom en secreto, y el capellán les desea muchos hijos.

—¡Por mí, con todo mi corazón! Cuantos más vengan, tanto más contentos, ¿eh, ama?

Pero se presenta el verdadero futuro, y Tom se escapa. Al instante toma ella su partido; recomienda al ama y al capellán que tengan la lengua.

—Me casaré con éste también, y punto concluido.

Sin embargo, no tarda en cansarse de él; no es bien formado, y apenas la da dinero de bolsillo; vacila entre los dos; echa sus cuentas.

—¿Cómo me llamaría yo con el otro? Mistress... Mistress... ¿Mistress qué? ¿Cómo se llama ese hombre con quien me he casado, ama?

—*Squire Fashion*.

—¡*Squire Fashion*! Bien. Más vale *squire* que nada. Pero vale más *mylady*. ¿Por ventura creéis que yo le quiero, ama? Maldito lo que me importa que le ahorquen, una vez casada con él. No; lo que me gusta es pensar en el golpe que daré cuando vaya á Londres, porque, cuando yo sea á la vez casada y dama, me pavonearé con las mejores de todas.

Sin embargo, es prudente; sabe que su padre «lleva en el cinto el látigo de los perros», y que la sacudirá de firme. Toma sus precauciones, por consecuencia.

—Pero oid, ama: tened cuidado de interponeros entre mi padre y yo, porque ya sabéis cómo las gasta; me tiraría al suelo de un puñetazo.

He ahí la verdadera sanción moral; para una ralea tan buena, no hay otra, y sir Tunbelly hace bien en tenerla atada, con un régimen invariable de punta-piés cotidianos (1).

IX

Llevemos á la ciudad á esa alhaja; pongámosla á ella y á sus congéneres en contacto con los elegantes.

(1) Véase también el papel del mocito estúpido y azopenca-do *squire* Humphrey (*A Journey to London*, Vanbrugh). No piensa más que en una cosa: en comer siempre.

Veremos maravillas en punto á máximas y acciones. *La Esposa lugareña*, de Vycherley, ha dado el tono. Cuando una de ellas, por casualidad, es medio honrada (1), tiene los modales y el desparpajo de un soldado de caballería con faldas. Las otras nacen con alma de ramerías y zurcidoras de voluntades:

—Si me caso con *milor Aimwel*—dice Dorinda—tendré título, rango, puesto de preferencia, parque, antesala, esplendor, coche, ruido, antorchas.—¡Hola! ¡aquí los servidores de *milady Aimwel*!—¡Luces, luces en la escalera!—¡Mandad que se adelante el coche de *milady Aimwel*!—¡A un lado! ¡plaza á su señoría!—¿No vale nada todo eso?

Es franca, y lo mismo las otras, Corina, miss Betty, Belinda. Belinda, por ejemplo, dice á su tía, cuya virtud flaquea:

—Cuanto antes capituléis, tanto mejor.

Un poco más tarde, cuando se decide á casarse con *Heartfree*, por salvar á su tía comprometida, hace una profesión de fe que pronostica á las claras el porvenir del nuevo esposo:

—Si no pesase en la balanza vuestro asunto, yo pensaría más bien en pescar algún marido odioso, siempre que fuese hombre de calidad, y tomaría al pobre *Heartfree* sólo por amante.

Esas damiselas son unas sabias, y en todo caso están muy dispuestas á seguir las buenas lecciones. Oigamos á miss Prue:

—Mirad esto, señora, mirad lo que me ha dado *mister Tattle*. ¡Ved, prima, una tabaquera! Y dentro hay rapé. ¿Queréis? ¡Dios mío! ¡qué bien huele esto! *Mister Tattle* huele bien por todas partes: su peluca, sus

(1) La Hipólita de Vycherley, la Silvia de Farquehar.